

guido siempre de un grupo donde había de todas opiniones y de todas nacionalidades. Debieron algunos con preguntas indiscretas y con quejas injustas exasperar su paciencia, que repentinamente se detuvo.

— Ya estoy cansado; desde ayer no escucho más que quejas y reclamaciones absurdas, como si yo fuese el general en jefe ó tuviese poder para remediarlas. Yo no he visto aquí más que un gobierno que lucha valerosamente con sus enemigos, que sostiene el honor de su patria y que ha sido víctima de las intrigas y de la avaricia de los agiotistas. Si ustedes, señores españoles, se quejan, la culpa es de ustedes; la puerta está abierta y se pueden volver á España. ¿Para qué se mezclan en las guerras civiles? Ahí están los Cobos y otros españoles defendiendo la reacción y batiéndose con las tropas del gobierno, y por otro lado otros tantos batiéndose contra los reaccionarios. Naturalmente, tienen que sufrir las consecuencias como las sufren los mexicanos. Se equivocan mucho si creen que venimos á proteger á los clérigos y á los monarquistas, á derribar al gobierno y á restablecer la Inquisición. Ya ese tiempo pasó para no volver, ni en España ni en las Américas, y la Reina no quiere ni imponer un gobierno á los mexicanos ni violentar su opinión.

Por ese estilo dijo cosas tan claras y tan fuertes, que hoy mismo no me atrevo á reproducirlas textualmente por más que las haya conservado en mi memoria.

Los conservadores y monarquistas quedaron no solamente escandalizados sino rabiosos al escuchar al brigadier y á Don José González Echeverría, que despreciando, según decían, las tradiciones de la aristocracia y nobleza de su familia, se había degradado al ser ministro de Hacienda del gobierno demagogo.

Los comisionados regresaron á Veracruz el día 23, y la respuesta de Doblado fué de las más singulares y con un aplomo como si hubiese tenido treinta mil hombres y doscientas piezas de artillería.

Decía el secretario de Estado, que celebraba mucho que las

fuerzas de las tres potencias y personas de tan alta posición, como los plenipotenciarios, hubiesen venido á presenciar lo que pasaba en México, y que no teniendo objeto las tropas regresarían pronto á Europa á dar testimonio de que había un gobierno constitucional que defendía los principios de la libertad y de la Reforma, y que en cuanto á la cuestión pecuniaria, el gobierno tenía bastante capacidad y elementos para satisfacer las justas exigencias de los representantes de las naciones aliadas.

Esta nota, que entregó el brigadier Don Lorenzo Miláns, dejó estupefactos á los comisionados. No podían concebir tanta seguridad y tanta audacia. El general Prim calló y reflexionó.

X

Al salir el conde de Reus de España la Reina lo invistió con el doble carácter de general en jefe del ejército expedicionario y Ministro Plenipotenciario, enviado extraordinario.

Para él, batallador por inclinación, afecto á las expediciones difíciles y aventuradas, el papel de soldado en esas circunstancias era tentador. Tenía en su apoyo no solo á España, sino á Francia, y sin exageración á la Europa entera, con excepción de Inglaterra, porque lord Palmerston conservaba una cierta predilección por las repúblicas americanas y nunca había querido llevar las cosas hasta el punto de enviar tropas y escuadras; pero México, en resumen, estaba perdido en la opinión pública de Europa, y el soldado afortunado que llegase triunfante á la capital podía contar con una espléndida corona de gloria y con la aprobación universal. Se llegó á decir por el conde de Saligny mismo, que el general Prim tenía el plan de coronarse en México. Poco faltó para que hubiese un duelo entre el ministro francés y el general español.

Si á la fogosa imaginación del conde de Reus se presentaron esos tentadores fantasmas de una nueva gloria, no es posi-

ble saberlo, pero no es tampoco temerario el suponerlo, y si así sucedió, mayor es su mérito. Guardó la espada y aceptó de lleno su papel de embajador, y dominando su carácter, contemporizando con sus colegas y sobreponiéndose á las dificultades, continuó en todos sus pasos con la cordura y parsimonia con que había comenzado desde el momento que desembarcó en Veracruz.

Los ministros ó comisarios reales é imperiales, eran por Inglaterra Sir Charles Lenox Wyke, del cual he procurado dar una idea, el Comodoro Dunlop, de quien nada puedo decir, pues no lo conocí; por Francia el conde Dubois de Saligny y el vicealmirante Jurien de la Graviere,¹ á quien tampoco conocí, pero tuve algunas noticias de un amigo (Rascón), que lo trató mucho. Era no solamente un *viejo lobo de mar* sino un astrónomo y un distinguido escritor é historiador de la marina; de franco y amable trato, de instructiva y variada conversación, pero que estaba imbuido también en las injustas y exageradas ideas reinantes en contra de México. Por parte de España ya lo hemos dicho, el general Prim era el comandante de las tropas españolas, y al mismo tiempo el Ministro Plenipotenciario, de S. M. la reina Isabel.

Por lo poco que he podido decir del conde de Saligny, se concebirá que no era su carácter el más propio para ganarse la confianza y la amistad del general Prim, sin embargo, con la mejor buena fe, lo primero que quizo fué que la concordia y la armonía reinase entre los plenipotenciarios, que su acción fuese uniforme y encaminada pura y simplemente á cumplir con el tratado de Londres, á obtener de México el arreglo de las cuestiones pecuniarias pendientes, sin mezclarse en su regimen interior, sin violentarlo, sin que de ninguna manera pareciese ni se entendiese que las armas y la marina de las tres naciones venían á proteger y á apoyar al partido monarquista. Para lograr esto, redactó un manifiesto á la nación mexicana, dió un

¹ Hace poco tiempo fué recibido miembro de la *Academia Francesa*.

convite á los plenipotenciarios y á los jefes más distinguidos de las tropas de línea y de las escuadras, convocó repetidas reuniones y conferencias y logró de pronto dominar así la situación, llevar la iniciativa y hacerse cabeza ó jefe de la expedición, para conducir las negociaciones diplomáticas de modo que le diesen un resultado pacífico y feliz.

Trabajo perdido. Saligny pareció ó convencerse ó resignarse; se dejó conducir y firmó los primeros documentos, pero á los pocos días el general Prim se vió envuelto en dificultades y rodeado de disgustos de todo género, y la armonía que él quiso establecer, fué interrumpida en la primera junta donde trataron de convenir en ciertas reglas para tratar, en su tiempo, con el ministro mexicano del arreglo de sus respectivos créditos.

Saligny no pudo contenerse ni seguir sufriendo la influencia del jefe español. Presa de esas cóleras, originadas también por una enfermedad de hígado que padecía, sostuvo con ciertas expresiones violentas que el pago de los quince millones de Jecker había de tener preferencia sobre los créditos ingleses y españoles. Sir Charles Wyke y el general Prim rechazaron con energía tan absurda cuanto injusta pretensión.

He aquí la mentada reclamación de Jecker tal como Sir Charles Wyke la refirió al conde de Reus en la junta:

“Próximo á caer Miramón, recibió de Jecker la suma de seiscientos cincuenta mil pesos en metálico, y en cambio le entregó al mismo Jecker bonos del Tesoro por catorce millones de duros que debían ser pagados por las aduanas marítimas. Este contrato leonino y escandaloso, causó un descontento general en el país, y es seguro que no será aceptado, ni por el gobierno de Juárez, ni por otro alguno que entre á regir los destinos de México.”

Pasó este desagradable incidente y siguieron otros muchos, pero á todos encontraba modo el general Prim, modo de darles, al menos por el pronto, una solución pacífica.

Acampadas las tropas extranjeras en la zona de la costa, co-

menzaban á resentirse de la influencia del clima, y se resolvieron á significar al gobierno de México que necesitaban avanzar á las tierras salubres y templadas.

La respuesta de Doblado fué como si tuviese, no treinta, sino cien mil hombres. Dijo en sustancia á los comisarios reales, que sin saber expresamente el objeto de la venida de las tropas no podía el gobierno consentir en que avanzasen.

Cólera terrible de Saligny que quería avanzar inmediatamente; reflexión y calma de parte del jefe español.

Este incidente ocasionó el que el general Prim, con poderes de los demás, tuviese una entrevista con Doblado, á quien á cada momento es necesario mencionar y del que diré cuatro palabras.

Era de baja estatura, de cara redonda, de ojillos verdes muy indagadores y maliciosos, de clarísimo talento y rápida concepción, poca instrucción y lectura, violento de carácter, sin admitir dominio y supremacía cuando él mandaba, de mucho valor moral, sin que tampoco le faltase el valor personal. Como entre los romanos, era al mismo tiempo general, orador en la tribuna, licenciado en Derecho y diplomático en el gabinete; sobre todo resuelto, audaz y afortunado. Liberal de ideas, no había, sin embargo, aceptado la Reforma en su última expresión; los regimientos que había formado en Guanajuato tenían su capellán, y él mismo, con escándalo de los radicales, los conducía á la misa. Creía que se podía muy bien ser demócrata y católico, y en el porte de su persona y en el lujo de su casa y en sus relaciones con los más ricos mineros y con los restos de la nobleza antigua, era más bien aristócrata. Con todo y este conjunto contradictorio, como partidario era enemigo jurado y terrible de los monarquistas, y el Estado de Guanajuato, donde era gobernador, estaba libre de bandidos y de revolucionarios. El que caía en sus manos lo mandaba fusilar irremisiblemente.

Cuando llegó á la capital, precedido de cuatro hermosos regimientos bien vestidos y disciplinados, se hizo cargo de la Se-

cretaría de Estado y comenzó á dictar medidas enérgicas, infundió nueva vida y vigor no sólo al gobierno sino á la población entera. Se olvidaron sus defectos y no se pensó sino en ayudarle; otros por temor ó por consideraciones personales se le sometieron también.

Así como Saligny fué repelente para el jefe español, Doblado le fué simpático; pronto se entendieron, y en 19 de Febrero de 1862 firmaron en el pueblo de la Soledad, distante catorce leguas de Veracruz, unos convenios que fueron á justo título considerados como los preliminares de una paz honrosa.

Juárez, ese ogro, según el caduco historiador Cantú, que se comía á los niños crudos y que regateó como el judío de Shakespeare la carne y la sangre de Maximiliano, tuvo un día de regocijo y comunicó los convenios á los gobernadores, anunciándoles que la paz vendría dentro de pocos días á visitar el país de donde tantos años había estado ausente. Todo se le debía al general Prim.

XI

Poco duró el gozo. Saligny triunfaba, los acontecimientos se precipitaron.

El general Laurencez, con un brillante Estado Mayor, é investido con el mando de las tropas francesas, llegó á Veracruz con un vapor de guerra. A los pocos días nuevos barcos y más tropas francesas. Almonte, Haro y el Padre Miranda, personas notables del partido monarquista, desembarcaron también. Esto determinó la crisis.

El gobierno de Juárez, sin retroceder un momento del sistema de energía que se había propuesto, pidió á los Comisarios el reembarque de esos personajes que consideraba que venían á fomentar la guerra civil del país y á causar nuevos trastornos. Sir Charles y el general Prim opinaron por el reembarque; Saligny y el almirante La Graviere en contra. Almonte, quedó,

pues, bajo la protección de las tropas francesas y con el carácter de agente ó comisionado especial del emperador Napoleón.

No hubo ya duda. La Inglaterra y la España especialmente, eran víctimas de una especie de mistificación. Los convenios de la Soledad se habían reprobado en París, el vice-almirante La Graviere quedaba destituido del mando militar y el conde de Saligny investido de los más amplios poderes y único representante del Emperador.

Los monarquistas mexicanos, renegando del tradicionalismo español representado en México por la dinastía de Borbón desde el tiempo de Felipe V, se habían aprovechado hábilmente de los sucesos y buscado un príncipe de la casa de Hapsburg; los créditos de la convención española quedaban despreciados y nulificados ante los bonos de Jecker; el futuro soberano de México había aceptado la corona y se disponía á venir; Almonte se lo había comunicado al general Prim, que ya lo sabía por los despachos oficiales de Calderón Collantes; la política napoleónica había cambiado totalmente sin el acuerdo de las dos potencias aliadas; el gobierno constitucional de México iba á ser derrocado y sustituido por otro, contra lo que expresa y terminantemente había ofrecido el general Prim bajo su firma y su palabra de soldado. ¿La España iba á dar la sangre de sus hijos y á gastar millones de reales para que Saligny se casase con una rica, para que Jecker fuese pagado de sus quince millones, para que un partido mexicano subiese al poder, para que Almonte fuese un par de meses presidente, y un príncipe de una dinastía extranjera se coronase y gobernase la colonia que había sido la joya predilecta de la corona española?... .

El general Prim no lo permitió.

Renunciando á toda gloria militar, sin temer las responsabilidades, sin cuidarse de lo que dirían sus enemigos, ni de las Cámaras españolas, ni de la prensa, ni de cómo juzgaría su conducta el emperador Napoleón, que era su amigo, contra la opinión de toda la Europa, sin consultar, ni menos esperar la re-

solución del ministerio, tomó la heroica resolución de un hombre honrado: abandonó el campo y la temeraria aventura á los franceses y despachó á la Habana á sus tropas.

Hernán Cortés no esperó las órdenes de Carlos V para quemar las naves y conquistarle un imperio.

El conde de Reus no esperó tampoco las órdenes de Isabel II para retirar las naves y ahorrar á España la sangre de ocho ó diez mil soldados y el gasto de ochenta ó cien millones de pesos, y sobre todo el inmenso ridículo de batirse con los mexicanos por el casamiento del conde de Saligny y por la reclamación de Jecker.

Todo el mundo conoce la valiente hazaña de Hernán Cortés. Pocos conocen la heroica retirada del Conde de Reus.

XII

El general español dejó el campo libre á los franceses. Saligny triunfaba y su Emperador le dispensó cuanta suma de confianza y de poder puede dar un soberano á un embajador. Fué el árbitro de los destinos de México y sus incansables trabajos le dieron el resultado. Pasemos sobre los sucesos de poca importancia y reasumamos:

El conde Dubois de Saligny, con su política y en verdad con la fuerza de su carácter, logró disgustar al general español y hacer que él y sus tropas saliesen del territorio mexicano.

El conde de Saligny condujo, al fin, triunfantes las águilas del imperio á la capital del legendario imperio de Moctezuma.

El conde de Saligny devolvió á Jecker su fortuna é hizo valer su reclamación, sin cuidarse de los créditos españoles ni ingleses.

El conde de Saligny dió el triunfo al partido monarquista y sentó en el trono al príncipe católico buscado y encontrado al cabo de veinte años por Gutiérrez Estrada.

El conde de Saligny arrojó hasta las fronteras á ese temible Juárez, enemigo de la Francia y del Emperador.

Para colmo de dicha y para que nada le faltara se casó con una mexicana muy rica de una antigua y distinguida familia del Estado de Puebla.

El hombre más estudioso podría dedicarse años á leer la historia diplomática y la biografía de los hombres de Estado más notables y no encontraría un triunfo tan completo, una gloria tan espléndida como la del conde Dubois de Saligny. Un verdadero fenómeno de fortuna, de talento y de habilidad diplomática.

EL REVERSO DE LA MEDALLA. — FIN DEL DRAMA.

~~~~~

### XIII

Para verdades el tiempo  
y para justicia Dios.

En las historias que yo he leído en francés y en castellano, referentes á esa época, no sólo no están referidos los bellos rasgos del carácter del general Prim, sino que la crítica injusta y aun el espíritu de partido entran por mucho en el juicio de la conducta que observó en los momentos difíciles en que desempeñaba el importante papel que le había confiado la Reina de España.

---

El Emperador Napoleón, M. Thouvenel, Drouyn de Luys, Billaut, el Duque de Morny, Salamanca, Mon, Calderón Collantes, Pacheco, Gutiérrez Estrada, Almonte, Saligny, Jurien de la Graviere, en una palabra, los hombres de Estado y los diplomáticos más remarcables de esa época, juzgaron la cuestión mexicana bajo diferentes aspectos, y todos, según sus afecciones, opiniones ó intereses, estaban seguros de un grandioso desenlace. El general Prim la veía de una manera distinta. Sin exageración, él solo luchaba resueltamente contra la opinión de toda la Europa.